

en recado verbal expedido por los comuneros, se notificaran en papel escrito de puño y letra del abate; segunda, que las dos religiosas ceremonias, el santo sacrificio y el sacramento de la Comunión, estuviesen acabadas á las siete de aquella mañana, hora preconcebida y predesignada por todas las autoridades superiores y competentes para que la sentencia capital, á Capeto infligida, se cumpliese y ejecutase. No se dejó decir dos veces las condiciones el capellán, y aceptándolas, como si cogiese al vuelo el momento y la ocasión, trazó en su escrito los objetos indispensables á la comunión y á la misa. Lo primero que pidió fué un crucifijo, recordatorio propio para decir á un reo cómo el mal puede subir desde los abismos del mundo hasta la frente de todo un Dios y penetrar el dolor y la muerte dentro del seno de Aquel que los astros encendiera en la lumbrera de su mirada y por el espacio derramara la vida con un soplo de sus labios. Tras el crucifijo demandaba un misal, conteniendo la misa de difuntos; las lamentaciones de Job repetidas por todas las criaturas en el trance de su postrer agonía; y el cántico de ira con que anuncian todas las cosas criadas su acabamiento apocalíptico en la hora postrera del universo destruido. Al misal y al crucifijo unió la petición de aquel cáliz, cuyo resplandor debía recordar á los revolucionarios, tan rebelados contra el Cristianismo en su terrible ceguera, cómo se convirtieron, merced al que lo bebiera en el cenáculo sacro, los sacrificios cruentos, usuales hasta los tiempos de Cristo, en sacrificios incruentos. El corporal, cuyos pliegues aguardan de la consagración átomos inefables; la patena reluciente con que el sacro polvillo se recoge para introducirlo en el cáliz; las piedras consagradas como aras de sacrificio; el purificador en que los dedos sacerdotales se limpian al coger la hostia; el alba, significativa de las vestiduras puestas á Nuestro Redentor para llevarlo de Caifás á Herodes y de Herodes á Pilatos; el cingulo en remembranza de las cuerdas con que los israelitas ciñeron sus riñones al despedirse de la cautividad egipcia y emprendieron las vías de su emancipación; el manípulo y la estola y la casulla, todos orientales, para decir cómo el cristianismo no ha cortado el río de los tiempos y menos interrumpido el discurso de las ideas; una sabinilla de altar y unas vinajeras conmemorando aquella el sudario puesto al cuerpo del Crucificado, así como éstas la sangre vertida en el Gólgota, completaron tantos litúrgicos objetos, pedidos para una misa, los cuales tomaban sublime aspecto al entrar en aquel anticipado sepulcro y consagrarse á un vivo que podía escuchar con sus oídos mortales, abiertos aún á los rumores de este mundo, el rumor inmortal de la próxima eternidad. Los vigilantes del Temple, reunidos en la sala del concejo, tomaron de manos del abate la sacralista y dispusieron ponerle al pie las siguientes aclaraciones. «Los subfirmados, comisarios de la Comunidad municipal, guardias y vigilantes del Temple, deliberando sobre la petición abajo contenida, ruegan al ciudadano, cura de la parroquia de San Francisco, sea servido mandar en préstamo los objetos numerados en la lista adjunta, para facilitar la celebración de una misa, que desea oír Luis Capeto en su camarín reservado, á las seis

del alba del día veinte, los cuales objetos le serán devueltos en la mañana misma de su entrega, debiendo hallarse aquí á las cinco en punto, por mano de autorizadísimos transportadores, que los traerán á la hora designada y se los llevarán enseguida.» Mucho interés al Rey esta porfía de Firmont; pues iba desde su camarín conociéndola en lo posible conforme se desarrollaba, merced al cuidado solícito de Clery. Por fin, al saber el desenlace tuvo un momento de gozo, pues así como el aire penetra en la más profunda mazmorra, el placer puede sonreír un momento sobre las tablas del cadalso. Pero tantas emociones diversas y hasta contradictorias; el sacudimiento dado á sus nervios por la entrevista con su familia; el esfuerzo de meditación y de memoria hecho para recoger en breve compendio los hechos capitales de su vida y presentarlo al juicio del Eterno; los largos exámenes de conciencia necesarios á responder de su historia pública y de su vida privada en el tribunal de Dios y en espera de los juicios definitivos; sus últimas reconvenciones á los franceses que no lo querían y sus últimas disputas con los comuneros que le insultaban; habían puesto su temperamento y su espíritu en términos de necesitar un sueño reparador; si había de ir sereno y majestuoso al patíbulo. Así Firmont le rogó descansase; y el Rey, aceptando el consejo, también rogó á Firmont durmiese muy cerca de su cuarto, en el catre donde acostumbraba pasar sus noches Clery. Firmont se tendió vestido en el catre, donde hizo esfuerzos sobrehumanos para dormirse y no se durmió. Clery desnudó al Rey con la seguridad propia de todas las noches, sin olvidar ninguna de las menores particularidades impuestas por la costumbre y por el hábito que constituyen el fondo de la vida. Sin embargo, cuando se disponía, según hiciera siempre, á rollarle, después de haberlo perfumado el pelo, hizo un gesto Luis de verdadera indiferencia y dijo que no valía la pena de tomarse tanto cuidado en aquella hora de su agonía y en aquel trance de su muerte. Clery lloró torrentes de lágrimas, los cuales hubieran podido ablandar á las piedras y despidió sollozos de pena, los cuales hubieran podido herir á los cielos. El Rey tuvo que consolarle y decirle cuánto necesitaba, en la hora de recoger todas sus fuerzas para contrastar el imperio de los instintos vitales imponiendo la conservación de su vida y ser á todos los vivientes, que nadie desmayara junto á él ante la muerte y nadie dudase de la bienaventurada corona espiritual apercibida para sus sienes en el cielo al volar su espíritu, libre del cuerpo, hacia las alturas celestiales desde las tablas del patíbulo. Clery se dominó cuanto pudo y desvistió y acostó al Rey con los menores sacudimientos y los menores llantos posibles. «Me despertaréis á las cinco», le dijo Luis XVI, y echadas las cortinas de su lecho, se durmió profundamente con sueño de niño.

El Rey durmió de un tirón, como si estuviera exento de penas y cuidados; sin ensueños sobre la paz del sueño y sin pesadilla ninguna, desde las doce y media de aquella noche hasta las cinco de su mañana subsiguiente. ¡Ah! Este sueño de Luis XVI paréceme uno de los fenómenos psíquicos y fisiológicos más notables que guardan los anales de la

humana Historia. Tras días agitadísimos; recibida la notificación de capital sentencia y entrado, como decimos nosotros, en capilla; después de haber sufrido la mayor pena imaginable, la separación de su hermana, de su mujer, de sus hijos, cuyos abrazos para en esta vida retenerle debieron parecer nudos de serpiente y cuyos besos brasas de fuego por el dolor que unos y otros le dejaban en el cuerpo martizado á los sacudimientos nerviosos; después de haber leído en alta voz el testamento donde constaban sus últimas voluntades con sus últimas recomendaciones al heredero y hecho examen de conciencia para presentarse tal y como era en su confesor ante los juicios eternos; el Rey, cuando ya la sombra del verdugo le oscurecía la frente y le fulminaba en los ojos el hacha regocijada y bajo sus pies las tablas del cadalso se estremecían y retemblaban; próximo á ver el palacio de sus mayores vacío, el ejército puesto antaño bajo sus órdenes rebelde y custodio de la plaza donde habían de guillotinarlo, el pueblo encrespado escupiéndole al rostro la hiel de sus injurias, la vida terminada de un golpe y el sepulcro con sus negras fauces abiertas para tragárselo; durmió, y durmió tranquilo, sereno; la color sonrosadísima, la frente desarrugada, los párpados dulcemente recogidos, la respiración regular y compasada, los latidos del corazón sucedidos con matemática exactitud, como en la más feliz noche; sobre los labios una sonrisa, no de amargura y desesperación, de profunda fe religiosa y vivísima esperanza en la inmortalidad del alma y en la existencia del Eterno. Francamente no puede comprenderse, ni explicarse tamaña serenidad. Tened cualquier cuidado y el sueño huirá de vuestros ojos. Los insomnios acompañan y siguen siempre al disgusto. Si dais en cavilar sobre cualquier cosa, la más insignificante, no podéis dormir. El dolor trae aparejada la vigilia. Recordad los muertos y los muertos más sublimes; ninguno de los destinados á morir en pena capital, durmió la noche anterior al término de su vida y al cumplimiento de su sentencia. Sócrates consumió noche tal en diálogos con sus amigos, disertando sobre la vida futura y prometiéndose de su paso del mundo un traspaso al cielo. Cristo estuvo la noche anterior á su pasión en el Huerto. Sus ojos lloraron lágrimas amargas; sus carnes sudaron sangre; sus labios reconviniéron á los apóstoles y discípulos porque dormían mientras él velaba; sus rodillas hincadas fueron en tierra horas y horas de angustia; sus súplicas se redujeron á pedir que pasase de sí aquel cáliz, cuyas acerbidades no podía soportar su naturaleza de mártir. Igual noche pasó Catón en la velada precedente al supremo y último trance. Aunque había resuelto matarse por su propia mano, quiso poner en obra esta resolución, después de haber departido con sus compañeros de rota é infortunio, sobre la suerte futura de su Roma primero y después sobre la suerte futura de su alma. Respecto de Roma no pudo Catón dar á los suyos consuelos por lo pasado y esperanzas para lo porvenir. En el siniestro pensar y sentir de tan sublime y extraordinario moribundo, Roma no podía salvarse de su deshonor y de su acabamiento tras el eclipse de su libertad y el triunfo de la tiranía. Pero lo que respecto de su

patria no pudo decir, díjole respecto de su alma. Las esperanzas y los consuelos, no allegables para la muerte de su Roma, los allegó para su propia muerte. Así dijo que un cuerpo de barro produce un alma inmortal como un arpa de palo y de cuerdas produce una melodía celeste. Y después abrió el sublime libro á que podemos llamar Evangelio de las edades clásicas, el volumen debido por la Humanidad á Platón. En él se contienen las demostraciones más fundadas de la existencia del Eterno; los pensamientos más profundos sobre la naturaleza del Verbo, luz de la luz; el estrecho lazo que une los códigos morales de la Providencia con los códigos materiales del Universo; los tipos que han servido de modelo á todas las cosas creadas y los arquetipos que de modelo han servido á todas las increadas ideas; el ser y el existir de los ideales, verdaderas luminarias como las del cielo en serena noche; la revelación eterna de lo invisible y de lo absoluto, hechos visibles y concretos por la religión y por la ciencia y por el arte; la naturaleza espiritual de nuestra alma en este mundo y en el otro su inmortalidad, pues el ataúd es la cuna en otro mundo mejor y el sudario la túnica blanca que visten los bienaventurados, hijos predilectos de Dios, al entrar en la bienaventuranza. Y dicho esto y hecho esto, después de una larga vigilia, Catón se extrajo del cuerpo las entrañas y se fué tras esta obra consciente de su inteligencia y deliberada por su voluntad al mundo superior entrevisto en sus ensueños y en sus pensamientos platónicos. Algo semejante al fin de Catón en Utica el fin de Bruto en Filipos, muriendo aquel por haber amanecido el cesarismo en César y muriendo éste por haber llegado al cenit en Augusto. Así la víspera de su muerte no pudo el mártir dormir. Era una de esas noches transparentes, frequentísimas en Grecia, donde los astros con resplandor no creíble lucen y sus rayos se mezclan como en el seno de una serenidad imperturbable dilatada por todo el Universo. La complexión moral de Bruto, su alta inteligencia, velando toda la noche, se indignaron de que las estrellas en el cielo resplandecieran mientras en el mundo se apagaban los ideales sublimes encarnados en la libertad y en la República. Indignado por la indiferencia [del cielo, aun luciente, cuando eterna noche caía sobre Roma, se atravesó el corazón y murió por no ver la Ciudad Eterna esclava de los déspotas. Todos en vela, todos los mártires más sublimes la noche anterior á su muerte, y Luis dormido. ¿Cómo así? No puedo explicármelo. Por mucha linfa que le supongamos, y su paciencia increíble á toda paciencia supuraba; por pocos nervios que tuviera y no tenía muchos; por muy cansado que se sintiese; no hay linfa, no hay paciencia, no hay cansancio que logren adormecer en el sueño de una tranquilidad imperturbable al hombre que se deja una corona y una familia en este mundo visible rodeado de atractivos para irse al otro mundo invisible rodeado de misterios. En este punto la indiferencia del moderno rey cristianísimo se parece á la indiferencia del antiguo filósofo estoico. Nuestra religión jamás aconsejó tal impasibilidad, jamás aprobó la fría sobreposición del dolorido al dolor. Hay que conformarse con las desgracias huma-

nas; pero después de haberlas sentido en toda su intensidad y después de haberlas sospechado en toda su pesadumbre. La conformidad con el dolor no alcanza mérito alguno, sino trae su correlativo sufrimiento el dolor. La duda y la indiferencia tienen sacerdotes; pero no tienen mártires.

No pasó Antonieta la noche tan bien como Luis. El gasto de sensibilidad ahorrado por la paciencia del Rey, lo derrochó el ánimo de la Reina. Sus respectivos caracteres, el temperamento y complexión connaturales á ellos hicieron en los sendos estados fisiológicos de las suyas. El sistema linfático y el sistema nervioso á una sacaron sus cabezas en el sueño de Luis XVI y en el insomnio María Antonieta. La pasividad del uno y el fantaseo de la otra; el silencio y la queja; el heroísmo y el martirio; la conformidad y la protesta; el un cuello tendiendo la cerviz al destino y el otro cuello forcejeando bajo el yugo, llevaban el horóscopo de aquellas trágicas horas escrito en sus índoles fisiológicas y psíquicas correspondientes así al marido como á la mujer, cual en sus propios caracteres morales. Antonieta veló con aguda inquietud mientras durmió Luis á pierna suelta. No probó Antonieta bocado mientras Luis cenó menos, en verdad, que otras noches, pero con igual regularidad. Antonieta no se desnudó, como renunciando al reposo, y se desnudó Luis, como si nada pasase. La cama fué de agonía para la Reina en tal noche; para el Rey fué como cuna donde durmiera con inocencia, esperando la bienaventuranza. Moríase de frío y tiritaba de frío la pobre austriaca, el infeliz francés roncaba muy abrigado so las mantas y coberturas de un lecho apercebido para pasar bien el crudo mes de Enero. Tuvo Antonieta fiebre tras el frío; latieron las sienas y latió el corazón de su esposo como todas las noches. Lloró Antonieta; se retorció; tuvo terribles vértigos; llamó al cielo y renegó del cielo; acostó y despertó á sus hijos; unas veces de rodillas recorrió toda la estancia, gritando por su triste suerte y de su triste suerte plañéndose, y otras veces en la cama se tendió con rigidez de muerta; ya juró dejarse morir por hambre, y ya perjuró de tal juramento, llamando á su conciencia por testigo de que se vengaría fiera del asesinato infligido á su esposo, y se vengaría en plazo breve; llegando, en el desarreglo de sus nervios, hasta la epilepsia, y, en el desarreglo de sus ideas hasta la locura, y uniendo á la fiebre material del cuerpo en desmayo la fiebre moral del espíritu en delirio. Todo lo contrario del Rey, quien, repito, durmiera como un verdadero santo. Clery le veló, rezando para que Dios concediese al cuerpo de su amo robustez y al ánimo fortaleza en aquel trance. Como no durmió, la hora de las cinco no podía escarpase á su vigilia. Lo primero que hizo fué arreglar la chimenea y encender el fuego. A este ruido Luis no podía menos que despertarse; y se despertó. Apenas se había frotado los ojos, despidiendo uno de esos suspiros que denotan la satisfacción al cuerpo dada por un largo sueño, Luis preguntó la hora, y le dijeron haber dado las cinco en todos los campanarios cercanos, mas no en el reló de su alcoba. Enseguida se levantó de su cama, sumamente ligero y bueno, asegurando haber á

maravilla dormido y tener necesidad de tal reposo y reparo porque la triste jornada del anterior día le fatigó enormemente. Y, dicho esto, preguntó por el confesor. Clery le dijo que dormía sobre su catre, y el Rey le reconvino por haber pasado velando la víspera como la víspera de un día en que tanto necesitaba de fortaleza y de fuerza. Clery aseguró no haber podido pensar en persona ninguna más que en la persona de su excelso amo. A pesar de lo supremo y grave del momento, Luis hizo que le peinara el cabello con todo esmero y que le arreglasen el traje con sumo aseo. Durante las dos operaciones, quitó del reló de su bolsillo un sello, que siempre llevaba, y lo puso en un bolsillo de su chaleco; depositó este mismo reló, despojado de tal aditamento, sobre la chimenea; retiró de su dedo un anillo, el cual estuvo contemplando varios minutos; se mudó de camisa y se vistió de limpio, completando esta elegancia con el chaleco en que depositara sus prendas, y con un casacón color de castaña, del cual sacó su cartera, su anteojillo, su bolsa, varios papeles interesantes, su tabaquera y otros objetos, depositándolos sobre la chimenea y junto al reló. Durante todo el transcurso de esta operación persona ninguna chistó en aquel sitio, no obstante ocurrir á presencia de muchos municipales. Pasado esto, entró Clery con el abate Firmont. Luis rogó á los presentes le dejaran solo junto al confesor; accedieron á su deseo, y solo con él, pudo encerrarse dentro de su camarín, su más retirado refugio, y con Dios reconciliarse de nuevo para ir al patíbulo, firme su paso y sereno su ánimo. Media hora, poco más ó menos, duró este apéndice y resumen de su confesión. Tras ellos empezaron los preparativos para la misa. Clery con gran esfuerzo, removió la cómoda usual del Rey poniéndola en medio de la estancia, con lo cual dióle aspectos y aires, en lo posible, de altar. Colocada en su sitio correspondiente, cubrióla con alba sabanilla de las usadas en nuestras iglesias, aumentando así en el mueble casero su prestado carácter de objeto eclesiástico. Un Crucifijo de plata, puesto en medio del tablero superior, completaba y perfeccionaba la improvisadísima consagración. Dos candeleros ordinarios suplían á los candelabros litúrgicos con creces puesto que iluminaban, no solamente la conmemoración sacra de la muerte del Redentor, las tristes agonías del redimido, que á la muerte iba, magüer abrogar Cristo con su sangre, vertida en el Calvario y recordada en la misa, los sacrificios humanos. Después de arreglado el necesario altar, reviste Clery al sacerdote. A pesar de haber el Temple pedido los objetos sacros al convento de Capuchinos, parroquia de San Francisco, en punto de media noche, y haberlos con precipitación enviado á las dos de aquella mañana, ninguno faltó, ni el más mínimo. Luis se arrodilló y se dispuso á contemplar el santo sacrificio. Mas, al arrodillarse, recordó cómo había necesidad imprescindible de ayudar á misa, y cómo no contaba con quien supiera en aquel momento ayudarla. Clery le sacaba de todos los apuros á diario; y de éste apuro le sacó también, diciéndole que, si bien sabía de antiguo ayudar á misa, estaba completamente olvidado de las respuestas latinas que debe decir el ayudante. Luis obvió esta dificultad